

#### CAPÍTULO XIV

Viaje al Paraguay. — El río Paraná. — Islas frondosísimas. — Recuerdos dolorosos. — Lance curioso entre un diplomático prusiano y un sacerdote católico. — Enemigos mas comunes del catolicismo. — El Gran Chaco. — Sus límites. — Sus habitantes. — Cruz solitaria. — Misa á bordo del *Río Uruguay*. — Impresiones recibidas en un fuerte temporal.

Durante los treinta años que precedieron al de 1840, un país hubo en América del que ninguna noticia recibían los demas. Colocado por su situacion en el corazon del Nuevo Mundo, llegar hasta él es ciertamente muy difícil; mas dificultades de otro género y opuestas no por la naturaleza ni por su situacion, sino por un hombre que regia sus destinos, eran el muro que lo separaban de todos los otros países de la tierra. El especulador que vió brillar á sus ojos la riqueza extraordinaria que deramó allí la Providencia y el naturalista que quiso examinar los tesoros que sus selvas, sus montes y sus valles ocultan bajo el manto salvaje que los cubre, si alguna vez lograron pisar su territorio, fueron detenidos, y en el largo cautiverio á que fueron condenados, mil

veces cada dia se arrepintieron de su loca temeridad. Bonpland y Mejía, como otros muchos, fueron víctimas de proceder tan extraño, y á no intervenir la mediacion de un gobierno formidable por su poder, el ilustre naturalista frances que hemos nombrado habria muerto probablemente sin recuperar su cara libertad. Asombra cómo pudo el dictador Francia entablar en el Paraguay un sistema de aislamiento tan completo, aun con los Estados vecinos, como el que entabló. Miétras que la República Argentina se hundía, por decirlo así, bajo las huestes formidables de los caudillos que se disputaban el gobierno, miétras que el Brasil se emancipaba de su metrópoli y temblaba todo bajo la influencia de las convulsiones á que le sometía la transicion, y miétras que el alto Perú, constituyéndose en nacion soberana, sentia que sus pueblos, pacíficos como las llamas de sus campos, animados de pasiones desconocidas, se lanzaban á la guerra y buscaban al enemigo de la patria para combatirlo, el Paraguay, colocado en el centro de estos países, permaneció inmóvil, frio y sin que prendiera en él la mas ligera chispa del fuego que devoraba á sus vecinos. Encerrado por el muro que forman los desiertos, los montes y los ríos que lo circundan, veía en su seno entronizarse un ciudadano y dictar leyes á los demas, con la seguridad de ser obedecido y como las daría un rey á los vasallos mas sumisos. Yo me dirigia á visitar ese país catorce años despues que aquel hombre extraordinario habia dejado de existir y despues que la nacion paraguaya habia entablado algunas relaciones con Europa y con América. No obstante, ¿cuántos tropiezos no experimenté durante

mi viaje? No diré que me arrepentí de haberlo realizado, porque conocer por mis propios ojos un Estado cuya historia lo presenta con singulares coloridos, producía en mi alma satisfacción verdadera. ¡Cuánto mayor habría sido esta si el objeto principal que me llevaba á aquella region lejana se hubiese conseguido! El vapor *Rio Uruguay* me recibió á su bordo en el seno del Rio de la Plata, y á las diez de la mañana del veinte de Agosto (1) subía yo las mansas corrientes de aquel caudaloso rio. Nueve horas despues entraba en el Paraná que en Huessú junta sus aguas con las del Plata.

Uno de los mas hermosos panoramas que he contemplado durante mis viajes por América, es el que ofrece esa sucesion de rios que, despues de haber cruzado vastísimas regiones, van entrando uno en pos de otro en el gran Paraná. ¡Qué majestuoso se presenta este cuando, enriquecido con los despojos de sus tributarios, inunda inmensos territorios con el caudal de sus aguas! Estas se extienden dulcemente por vastísimas llanuras, llevando en su seno islas pobladas de espesos bosques. Las aguas del rio corren á veces por entre las islas con rapidez formando sorprendentes panoramas. Ya se ven largas calles de árboles corpulentos que se elevan sobre un pavimento de brillante plata, ya jardines pensiles que se mecen sobre la mansa corriente. El suave vapor que sale de las aguas extendiéndose á la caída del sol sobre los árboles lejanos, se eleva hasta tocar las ligeras nubes que rodean al crepúsculo y forma, herido por la luz

(1) Año de 1856.

de aquel, figuras caprichosas de templos, castillos y palacios rodeados de selvas amenas y jardines deliciosos. Las islas del Paraná, desiertas casi todas, no tienen mas habitantes que los jaguares y leopardos. En algunas el monte es tan espeso que costaría trabajo abrirse camino al hombre que quisiese penetrarlo.

Las márgenes del Paraná abundan en recuerdos históricos. Santa Fé y Entre-Rios han presenciado mil hechos de armas ocurridos durante la guerra civil, y las aguas de aquel rio arrastraron por centenares los cadáveres de las víctimas que en ellos inmolaba el interes de los caudillos que se disputaban la posesion de un país que á ninguno pertenecía. Si el espíritu de Dios animase los huesos humanos que yacen allí bajo de la tierra, bastarian ciertamente para poblarla los hombres que volverian á vivir. ¡Parece imposible! pero es sin embargo verdadero. Estos recuerdos forman un contraste triste entre la belleza natural que ostentan las regiones que recorre el Paraná y los hechos que recuerdan sus riberas solitarias.

El vapor *Uruguay* conducía á su bordo, entre otros sujetos apreciables, un respetable diplomático prusiano. A pesar de su diferencia de fe, le agradaba tratar y entablar frecuentemente cuestiones religiosas con un sacerdote católico que se encontraba allí mismo. Nada era repugnante para él en el catolicismo; al contrario, sus ceremonias hablaban á su alma, sus tradiciones eran venerandas, la obediencia al Sumo Pontífice necesaria y eminentemente conservadora y sobre todo « no podía entrar en sus templos sin conmoverse, recordando que re-

presentaban la antigua fe de la Alemania.» Pero le chocaba el celibato clerical, y lo combatía con todas sus fuerzas en presencia de cuantos se acercaban para oírle. Informado de la patria del presbítero católico y del objeto que le llevaba desde Roma al Paraguay: «¿Cómo puede Vd., le dijo con entusiasmo un día, ir al Paraguay para ocuparse de un negocio que no es suyo y no va ántes á su país para visitar á sus parientes que no ve hace tantos años?» — El clérigo le respondió inmediatamente: — «Porque no soy casado: ¿comprende Vd. ahora una de las ventajas del celibato?» — Cuando personas competentes discuten de buena fe los puntos de doctrina en que disienten las comuniones cristianas, es casi seguro el triunfo de la verdad, y si este no se realiza prontamente, la verdad misma profundizará poco á poco la conciencia que encontró dispuesta para recibirla. No son, ordinariamente, los peores enemigos del catolicismo los disidentes de su fe, que poseen luces y despreocupacion suficientes para discutir; no por cierto, al contrario, á estos sus mismas dotes los acercan á la verdad. Los que á su ignorancia unen presuncion y malicia, son los que no omiten ocasion para hacer guerra á la verdad católica, no con nobleza ni de frente, sino de esa manera traidora con que el villano clava el puñal en el pecho de su señor que ve dormido. Las cuestiones del ministro prusiano habian despertado el espíritu de controversia religiosa en algunos pasajeros del *Uruguay* «que estaban muy léjos de poseer las calidades que el noble diplomático.» Entre todos un *habanero*, cigarrero de profesion, era quien con mayor empeño dogmatizaba á un

círculo compuesto de mujeres y de otras personas ignorantes. Segun el cigarrero, ningun dogma existia que no fuese invencion humana apoyada por la autoridad para hacerla servir en su provecho. Era curioso oírle discurrir aduciendo los argumentos que los ateos mas vulgares esparcieron inoculados en novelas ó en otros escritos de este género. Claro es que objeciones de tal naturaleza ninguna influencia pueden ejercer sobre quien tenga la instruccion suficiente en los fundamentos de su fe. Mas los ignorantes, las mujeres del pueblo, los niños, todos estos ordinariamente no se encuentran en este caso y por consiguiente su espíritu queda expuesto á dudas y temores, aun cuando la fe habitual que adquirieron en su educacion les sirva de fuerte preservativo. ¿Qué seria de la sociedad, qué de la moral, si la muchedumbre hubiera de ser ilustrada por esos aventureros sin educacion y sin principios que salen de su patria á buscar fortuna? Sin embargo es un hecho que se repite en todas las repúblicas de América por su desgracia. Aquellos hombres sin instruccion y sin moral se constituyen en maestros de las peores doctrinas, y muchos jóvenes preocupados y sin experiencia les escuchan como á mentores. Los que desdeñan oír las instrucciones de sacerdotes distinguidos por su virtud y su ilustracion, y los que se burlan de los sólidos discursos de hombres que alcanzaron reputacion de sabios, oyen con atencion la necia palabrería de sastres y barberos, venidos á la América con disfraz de literatos para probar fortuna. Los hijos del Nuevo Mundo que tan susceptibles se muestran cuando se trata de algo que pueda ofender su amor propio, son

crédulos hasta dejarse alucinar por aventureros que nada ménos tienen que mérito para ser creídos.

Muy poco se ha dicho y ménos aun se ha escrito, sobre ese vasto territorio que conocemos con el nombre del *Gran Chaco*: los españoles y los portugueses apénas tenían sobre él otras noticias que las que les dieron los misioneros. Y hoy que las misiones no existen en aquel gran centro de la América, su situacion nos ocupa tanto como al gran sultán los desiertos de Siria y de la Arabia. Apénas puede concebirse cómo han pasado tres siglos sin que esa rica y fértil region haya sentido la accion noble y generosa de gobiernos que se empeñasen en civilizarla. Algunos pocos europeos la han visitado en diferentes épocas y en diferentes direcciones: eran sacerdotes que se proponian catequizar á sus bárbaros habitantes; pero unos perecieron asesinados, otros de necesidad, y muy pocos fueron los que lograron establecerse en ese país y reducir algunos hombres al conocimiento de Dios y de su fe. Por eso el Gran Chaco nos es casi desconocido y de sus habitantes no sabemos mas que el nombre de las tribus que habitan limitrofes á los Estados civilizados y circundan su vastísimo territorio. Desde la parte setentrional del Paraná se extiende aquel abrazando dilatadas regiones comprendidas nominalmente en los Estados del Brasil, Confederacion Argentina, Paraguay y Bolivia. Las grandes selvas que transitan las aguas del Marañon, los bosques infinitos del Caquetá y del Mocoa, son como tributarios del Gran Chaco; con él están ligados por los vínculos de una misma naturaleza salvaje que identifica á sus habitantes y el manto de un mismo

desierto que los cubre. Las regiones del Gran Chaco que dibuja el rio Paraná son habitadas por las tribus Guaycurús. Estas, sin tener domicilio fijo, mudan sus tolderías á su antojo ó segun sus necesidades. Sin autoridad que los gobierne, sin mas leyes que las de la naturaleza, y sin otros conocimientos que los instintos de su conservacion, para ellos no existe mas mundo que el desierto cuya extension no conocen, ni mas ciencia que la naturaleza que estudian en los árboles de las selvas, ni otros seres que los salvajes de las tribus que conocen y los animales feroces que de cuando en cuando penetran en sus tolderías y les arrebatan sus pequeñuelos. Yo vi grandes grupos de esos seres desgraciados amontonados en las riberas del Paraná. ¿Qué contemplaban? ¿Seria el curso de nuestro vapor que contra la corriente marchaba ligero, sin viento y sin velas que lo impeliesen? ¿O seria acaso que estuvieran calculando si eran diferentes de su especie los hombres que tenían poder para mover buques de tal naturaleza? No lo sabemos: comprendemos, sí, muy bien que esos seres degradados, tales como se encuentran actualmente, son incapaces de todo pensamiento que se eleve algo sobre los objetos materiales y comunes que se les ofrecen ordinariamente. Cada noche divisaba grandes fuegos que ardian en distancia; eran de los Guaycurús que rodean de fogatas sus tolderías para auyentar las fieras que acechan sus niños y ganados. Algunas tribus que se acercan á la provincia de Corrientes suelen entrar en los pueblos de esta para vender sus animales y algunos frutos que producen las tierras que recorren. ¡Qué impresion tan desagradable me cau-

saba contemplar por primera vez en América al hombre del desierto!

En los árabes y beduinos, en los drusos y los habitantes de las oasis habia visto al hombre que hostiliza á los demas hombres, que huye de ellos porque los aborrece; habia contemplado al hombre que conociendo la sociedad la persigue de muerte donde quiera que la encuentra; pero acá veía al hombre en su estado natural que no conoce la sociedad ni tiene idea de las costumbres de los pueblos. Vive en el desierto y en el seno de las selvas, se oculta de los demas hombres porque teme sus injurias; es ese hombre tímido que arrojado del paraíso peregrina sobre la tierra, sin tener ni huerto, ni heredad, ni casa donde abrigarse. Los animales y los árboles le proveen de sustento y los rios le ofrecen refrigerio cuando con el sudor de su rostro quiere hacer producir á la tierra el fruto que desea. Allá las tribus nómades del Asia se visten á veces con ricas telas y usan otros adornos costosos que satisfacen su ardiente fantasía, mientras que los pobres indígenas del Chaco cubren apenas alguna parte de su cuerpo con pieles de animales ó con telas groseras que tejieron sus mujeres con plumas de aves ó con lana de sus ovejas. Su rostro pintado con colores diferentes, sus labios y orejas horadadas, sus brazos y su pecho adornados á su modo con figuras de serpientes y de otros animales de los desiertos, retratan las costumbres salvajes á que declinó el hombre á medida que se apartó de su origen.

El Chaco paraguayo está habitado por los payaguaz, y una parte considerable de estos fué evangelizada hace

dos siglos por la Compañía de Jesus. Hoy conservan el nombre de cristianos, pero sus costumbres están distantes de corresponder á la santidad del cristianismo. Una ceremonia vi practicar á estos indios, en la que creí encontrar cierta relacion con otra que presencié entre los turcos en circunstancias semejantes. Se hacia el entierro de un jóven y concurría á él un numeroso acompañamiento. El cadáver vestido con sus ropas fué colocado en la fosa por sus deudos mas cercanos, y cuando esta estuvo cubierta de nuevo con la tierra, hombres y mujeres, niños y viejos se abandonaron á una alegría brutal, dieron horribles alaridos, saltaron sobre la tumba del muerto mezcladas las personas de ambos sexos, y cuando estuvieron rendidos por el cansancio, comieron y bebieron repitiendo sus alaridos de cuando en cuando.

Cuanto mas se adelanta hácia el interior del Chaco, se encuentran tambien nuevas tribus, con idioma, costumbres y genio diferentes. ¡Ojalá que algun dia pueda estudiarse y conocerse este gran país que está llamado á influir poderosamente en la suerte futura del Nuevo Mundo! Hoy lo que existe en aquellas vastísimas regiones es para todos un secreto y continuará siéndolo mientras la religion no haga cambiar su faz civilizándolas y abriéndolas al comercio y á las ciencias.

Mientras que contemplando las espesas selvas del Chaco mi imaginacion se engolfaba en mil reflexiones sobre el porvenir de ese dilatado país, una gran Cruz plantada bajo un sombrío seibo, inspiró en mi alma serias meditaciones. La Cruz solitaria es símbolo de vida

por mas que la contemplemos sobre los sepulcros de los muertos. Tenia delante de mis ojos la tumba de un oficial brasileño muerto á bordo de un buque de guerra. ¡ Cuántos pensamientos no excita un objeto semejante en el que viaja léjos de su patria! No murió aquel en su casa ni en el seno de los suyos, pero murió sosteniendo el honor de su bandera y reposa bajo el simbolo de su fe. La Cruz tambien es mi bandera, y donde quiera que muera, á su sombra he de morir. ¿ Qué importa sea mi muerte en la tierra ó en el mar, en Asia ó en América, si mi patria es el cielo y el cielo me cubre en todas partes?

Nos encontrábamos el 30 de Agosto á la altura de Corrientes y teníamos de una parte del rio los campos silenciosos de aquella hermosa provincia y de la otra las espesas selvas del Gran Chaco. De los bosques se elevaban columnas de humo que enrojecidas por los rayos del sol se perdian en el firmamento; y en las aguas flotaban pequeñas islas cubiertas de juncos y jazmines cuya fragancia embalsamaba el aire. Los carpinchos y las nutrias retozaban con gritos festivos en las márgenes del rio, y mil aves saludaban con su canto melodioso los primeros rayos del sol que se mostraba vivificando aquella tierra. La naturaleza parecia invitar en aquellos momentos al espíritu para recogerse á contemplarla en el espectáculo solemne que ofrecia desplegando toda su belleza. Para el hombre que obra bajo la influencia de una fe ardiente, la naturaleza no es en estos casos sino el gran templo ataviado para celebrar la gloria del Criador. Percibiendo en mi alma todas esas impresiones, ofrecí el sacrificio solemne de la religion católica en un altar aderezado sobre la cubierta del vapor y

en medio del recogimiento respetuoso de los viajeros que santificaban la fiesta de una compatriota, la incomparable americana santa Rosa de Santa María. ¡ Que mi sacrificio, subiendo hasta los cielos, haya obtenido paz y religion para los pueblos trabajados por la ignorancia, la discordia y la impiedad! ¡ Que los ruegos de la inmortal peruana encargada de protegerlos haga descender sobre ellos la fe y la civilizacion!

Un recio viento de sudeste, que sopló con violencia durante dos dias, cambió aquel espectáculo de hermoso y bello en imponente y terrible. El espantoso ruido de aquel elemento desencadenado y furioso, las lejanas selvas conmovidas, las aguas del rio formando olas que precipitándose unas sobre otras corrian mas impetuosas que la corriente, el sacudimiento de los árboles vecinos, los gritos salvajes de los pájaros, los aullidos feroces de los tigres y los melancólicos silbidos de los monos, todo formaba un conjunto en que se veia brillar la grandeza sublime del que domina las tempestades y cuya voz obedecen los huracanes, así como la pequeñez infinita del hombre que siente abatirse su orgullo en presencia de las borrascas y desfallecer su ánimo delante de los peligros.

